

Surgimiento de la psicología humanista

HELIO CARPINTERO (Universidad Complutense)

Luis MAYOR (Universidad de Valencia)

MARIA ANTONIA ZALBIDEA (Universidad de Valencia)

1. El clima socio-cultural e intelectual

La constitución formal de la llamada «tercera fuerza» en el campo de la psicología se produce en los primeros años de la década de los sesenta: en 1961 se constituía la American Association for Humanistic Psychology (AM-IP; este nombre cambió en 1969 por el de Association for Humanistic Psychology) fundada por A. H. Maslow. Ch. Buhier y R. May, que celebró su primera reunión nacional un año más tarde, y aparecía también el primer número del Journal of Humanistic Psychology, cuyo Comité Organizador estaba integrado por Clark Mowstakas, Anthony Sutich, Joe Adams. Dorothy Lee, y Abraham Maslow (para una revisión de la cronología y momentos iniciales de estos acontecimientos, véase Greening (1985). Este movimiento, que se aglutina y desarrolla en torno a la AAHP y al Journal of Humanistic Psychology, concede prioridad a la validez de la experiencia humana, a los valores, intenciones y significados de la vida. En sus orígenes, la Psicología Humanista persigue, ante todo, plantear una nueva actitud que renueve la psicología tratando de integrar las distintas direcciones que había tomado en su devenir histórico. Ciertamente, el autor de la expresión «tercera fuerza», referida a la Psicología Humanista, fue el propio Maslow, pero su sentido no era excluir las aportaciones de otras «fuerzas», sino estructuradas en un análisis más comprensivo de nivel superior (en una larger superordinate structure): Soy freudiano, soy conductista, soy humanista, aclaraba él mismo (Maslow, 1969. La idea de Maslow era la construcción de una psicología comprensiva, sistemática, de base empírica que abarcara las cimas y las profundidades de la naturaleza humana. Perseguía, en sus propias palabras: “Ensamblar la psicología de la «salud y el crecimiento» con la dinámica psicopatológica y psicoanalítica. Levantar sobre las bases psicoanalítica y científico-positiva de la psicología experimental, la superestructura eupsíquica de la psicología del ser y metamotivacional de que carecen estos sistemas rebasando sus limitaciones” (Maslow. 1962).

Y más tarde, en 1969, continuaba diciendo: “Aun entre los psicólogos humanistas hay algunos que se oponen al conductismo y al psicoanálisis en lugar de incluir estas dos

psicologías en una estructura de rango superior y más amplia” (Maslow, 1969). Por su parte, James Bugental, primer presidente de la AAHP, escribiría que la Psicología Humanista se caracterizaba más por lo que es, que por aquello a lo que se opone (Bugental, 1967). Pero, como parece ocurrir con todos los nuevos movimientos, la Psicología Humanista se sitúa frente a los idearios y prácticas «establecidos», destacando su debilidad y sus fracasos. En su caso, surge como una declaración de profunda insatisfacción con la psicología vigente, a su entender sumida en un estado de grandes deficiencias por las dos corrientes dominantes en su seno: el conductismo y el psicoanálisis freudiano. Así se refleja en las primeras definiciones, provenientes en los propios promotores de este movimiento: La Psicología Humanista puede ser definida como la tercera rama principal del campo general de la psicología (las otras dos son la psicoanalítica y la conductista y, en cuanto tal, se ocupa primariamente de aquellas capacidades y potencialidades humanas que tienen poco o ningún sitio sistemático, ya sea en la teoría positivista o conductista, ya sea en la teoría psicoanalítica clásica: tales, por ejemplo, como el amor, la creatividad, el sí mismo, el crecimiento, el organismo, la gratificación básica de la necesidad, la auto-actualización, los valores superiores, el ser, el llegar a ser, la espontaneidad: el juego. el humor, la afectividad, la naturalidad. el calor, la trascendencia del yo, la objetividad, la autonomía, la responsabilidad. la significación. el juego limpio, la experiencia trascendental, la salud psicológica y conceptos afines. (Sutich, 1962). Ese mismo año escribe Maslow unas palabras que ayudan a perfilar su posición respecto de las otras dos fuerzas alternativas. Refiriéndose a Freud dice: La imagen que éste nos da del hombre es definitivamente impropia, pues deja a un lado sus aspiraciones; sus cualidades superiores... Nos proporciona así la mitad enferma de la psicología: ahora nosotros debemos contribuir con la mitad saludable. (Maslow, 1962). En cuanto al conductismo, adopta una posición igualmente clara: La ciencia mecánica ~que en psicología adopta la forma de conductismo) no es incorrecta, más bien resulta demasiado estrecha para fungir como una filosofía general o amplia al menos (Maslow, 1966). La Psicología Humanista criticaba al Conductismo su estrechez de miras, su artificialidad y su incapacidad para suministrar una comprensión de la naturaleza humana. Su énfasis en la conducta manifiesta se consideraba deshumanizante: se equiparaba a los seres humanos a una rata blanca de gran tamaño o a un computador más lento (Bugental, 1967), hurtando así la consideración de lo más genuinamente psicológico y humano, esto es, la vivencia interior y la subjetividad. La Psicología

Humanista rechaza la imagen de un organismo robotizado que responde mecánicamente a los estímulos que se le presentan. En definitiva, se opone al conductismo por considerarlo mecanicista, elementalista y reduccionista. James Bugental (1967) resumía en los seis puntos siguientes las diferencias fundamentales planteadas por la Psicología Humanista frente al conductismo: 1. Una adecuada comprensión de la naturaleza humana no puede basarse exclusivamente, ni siquiera ampliamente, en los hallazgos de la investigación animal. Una psicología basada en datos animales excluye los procesos y experiencias humanos. 2. Los problemas a investigar en psicología deben ser significativos en términos de la existencia humana y no deben elegirse solamente sobre la base de su idoneidad para la investigación de laboratorio y la cuantificación. Muchos temas que no pueden someterse al tratamiento experimental, han sido ignorados. 3. La atención debe centrarse en las experiencias subjetivas internas en vez de en los elementos de conducta manifiesta. No es necesario descartar la conducta manifiesta como objeto de estudio pero éste no debería ser el único objeto de investigación. 4. La influencia mutua y continua de la llamada psicología pura y de la psicología aplicada debe quedar reconocida. El intento de divorciarlas conlleva un detrimento de ambas. 5. La psicología debe interesarse por el caso individual en vez de por el desempeño promedio de grupos. El énfasis sobre los grupos ignora el caso atípico, excepcional, la persona que se desvía del promedio. 6. La Psicología debe buscar lo que pueda enriquecer la experiencia humana. Los psicólogos humanistas se sitúan también frente al psicoanálisis freudiano: estiman que es irracionalista y determinista. Esto es, entienden que subvalora el papel de la conciencia en la comprensión de la conducta y que el ser humano resulta, en este enfoque, un sujeto sometido a oscuras motivaciones inconscientes. Critican, además, que la fuente de esa imagen de los seres humanos sea fundamentalmente el estudio de personas aquejadas de problemas neuróticos y psicóticos, cuya personalidad tiene un funcionamiento más similar al de los niños que al de los seres adultos, sanos y normales. De este modo, según los — Sin embargo, es bastante insatisfactorio como una psicología de la persona humana total, especialmente en sus aspectos más sanos y admirables. La imagen del hombre que presenta es parcial y distorsionada. Prácticamente todas las actividades de las que el hombre se enorgullece y que le dan sentido y valor a su vida —trabajo, juego, amor, arte, creatividad, ética, filosofía, ciencia, heroísmo, bondad, etc—, han sido omitidas o patologizadas por Freud. (Maslow, 1972). La

insatisfacción que el humanismo expresaba con estas argumentaciones ante las tendencias conductista y psicoanalítica de su época, se daba en un doble plano: el teórico-conceptual y el operativo-metodológico. En el plano teórico-conceptual, la Psicología Humanista desestima el reduccionismo y mecanicismo que caracterizan tanto al psicoanálisis como al conductismo, como ya hemos comentado. También rechaza su orientación anclada en el pasado, que les lleva a comprender la conducta y/o el psiquismo en su relación necesaria con eventos pasados, por lo general situados en la infancia. Frente a esta inclinación, el nuevo movimiento resitúa los fenómenos en el presente y representa una vuelta al interés por la conciencia, obliterada durante más de medio siglo, o incluso rechazada por la orientación experimentalista del conductismo, y por la orientación analítica de la psicología profunda. En cierto sentido, como hace observar Hillner (1984), el humanismo adoptó la orientación fenomenológica de la psicología de la Gestalt, pero extendiéndola desde el campo de la mera conciencia perceptiva hasta cubrir la personalidad completa del organismo. En el terreno metodológico, rechaza del psicoanálisis, como ya hemos apuntado, su investigación dominante de la personalidad anormal o enferma, y rechaza del conductismo su análisis elementalista de conductas manifiestas aisladas. En este sentido, la Psicología Humanista se levanta contra las limitaciones del método científico impuesto a la psicología por decreto, en palabras de Koch (1969), y reclama una rehumanización de la ciencia, una ampliación de su concepto y métodos, de forma que pueda ser útil para estudiar la persona total. En este contexto de profunda insatisfacción con las limitaciones, ciertamente reales, de la psicología de la época, es en el que surge la autollamada «tercera fuerza» a partir de posiciones muy diversas pero que tenían en común el rechazo de toda psicología reduccionista, mecanicista y determinista y la afirmación de valores humanos como la creatividad, la libertad personal, la decisión humana, etc... Realmente se buscaba una nueva filosofía de la vida, una nueva concepción del hombre, así en palabras de Maslow: La tercera fuerza o psicología humanista que está desarrollando una nueva imagen del ser humano es la obra de muchos hombres: no solo eso, se le parangona también con avances independientes y descubrimientos realizados en otros campos: así impulsa de manera vertiginosa una imagen inédita de la sociedad y de todas sus instituciones, y con ello surge una nueva filosofía de la ciencia, la educación, la religión, la psicoterapia, la política, la economía,

etc. Juntos tales cambios podrían denominarse «aspectos paniculares de una amplia filosofía total». (Maslow. 1968)

La «Tercera Fuerza», es pues, la unión de varios grupos psicológicos en una sola filosofía. Incluye a partidarios de Adler, Rank y Jung, así como a neo-freudianos (o neo-adlerianos) y a post-freudianos (psicólogos analíticos del yo y escritores como Marcuse, Wheelis, Marmor, Szasz, Brown, Lynd y Schachtel, que toman el relevo de la psicología organísmica. Para Maslow incluye también la terapia gestaltista, la semántica general, e incluso a psicólogos de la personalidad como G. Allport, Murphy, J. Moreno o HA. Murray, junto a la corriente de la psicología y psiquiatría existencial, y otros movimientos que pueden ser encasillados como fenomenólogos. «rogerianos», humanistas, etc... De ahí, quizás, la dificultad de definir con claridad la Psicología Humanista, y sobre todo, de precisar los propósitos que se plantea y las técnicas para instrumentalizarlos. Decía Wertheimer (1978) en este sentido que el término «Psicología Humanista» ha llegado a tener muchos significados y que es muy improbable que cualquier definición explícita que se hiciera de la misma satisfaga siquiera a una pequeña fracción de las personas que se llaman a sí mismas «psicólogos humanistas». Maslow en 1968 la definía así: una revolución, en el sentido prístino y más verdadero de la palabra, en el sentido en que Galileo, Darwin, Einstein, Freud y Marx llevaron a cabo las suyas: es decir una corriente que aporta nuevas formas de percibir y pensar nuevas representaciones del hombre y la sociedad, nuevos enfoques de la ética y los valores; nuevas direcciones que seguir. Es en la práctica, un aspecto de una Wellanschauung global de una nueva filosofía de la vida, de una nueva concepción del hombre, los inicios de otros 100 años de trabajo. (Maslow, 1968). La naciente «tercera fuerza» debía configurarse, como apuntan Bülher y Allen (1972) en torno a los siguientes principios: Centrar la atención en las vivencias subjetivas de la persona y en su experiencia; defender y destacar las cualidades genuinamente humanas (la creatividad, la elección, la valoración, la autorrealización): estudiar los problemas realmente relevantes para la vida humana, enfatizar la dignidad y valor de la persona y desarrollar las potencialidades inherentes a su condición humana. En resumen, y de nuevo con las palabras de Bugental (19(A), los postulados de la AAHP habían de ser los siguientes:

1. El hombre como hombre sobrepasa la suma de sus partes. El hombre debe ser considerado como algo más que un producto de la adición de varias partes y funciones.

2. El hombre lleva a cabo su existencia en un contexto humano. Su naturaleza se expresa en su relación con otros seres humanos.

3. El hombre es consciente. La conciencia forma parte esencial de su ser 4. El hombre tiene capacidad de elección. La conciencia hace -al hombre no mero espectador sino partícipe de sus experiencias.

5. El hombre es intencional. La intencionalidad es la base sobre la cual el hombre construye su identidad. Pero ¿iban estos propósitos a plasmarse en programas concretos de investigación iluminados por una metodología igualmente elaborada y definida? Premonitoriamente, el mismo año de 1964. Carl Rogers se preguntaba: ¿Seremos capaces de desarrollar una filosofía y metodología de la ciencia capaces de darnos conocimientos bien verificados y al mismo tiempo, reconocer el lugar de la subjetividad humana? No nos gusta el empirismo mecanicista, pero ¿qué pondremos en su lugar? Un misticismo existencial, en mi opinión, no será suficiente. (Rogers, 1965). Cuatro años después. Maslow se mostraba más optimista ante el lugar que la psicología humana había llegado a ocupar: La psicología humanista —así suelen llamarla— se ha afianzado ya sólidamente como una alternativa viable frente a la psicología objetiva. behaviorista, mecanomórfica. y el freudismo ortodoxo. Su bibliografía es abundante y crece rápidamente. Aún más: empieza a utilizarse en la educación, en la industria, religión, dirección y administración, terapia y auto-perfeccionamiento, así como por parte de organizaciones, publicaciones e individuos Eupsiquistas. (Maslow. 1968)

2. El «espíritu de la época» y el surgimiento de la Psicología Humanista

Tras la caracterización general que acabamos de realizar, abordamos ahora otro aspecto importante en el análisis del surgimiento de la Psicología Humanista. Su aparición y desarrollo están, como ocurrió con las corrientes anteriores —conductismo y psicoanálisis— íntimamente ligados a factores socioculturales de la época. La sociología de la ciencia ha relacionado el origen de la teoría psicoanalítica con el puritanismo de la sociedad vienesa de principios de siglo, cuyo clima social explicaría hasta cierto punto la importancia concedida en el psicoanálisis a la represión y el conflicto neurótico. El conductismo, por su parte, anclaría su filosofía de la adaptación, funcionalidad y máxima modificabilidad de la conducta, en el optimismo acusado de que goza la sociedad americana en el cambio de siglo. Como vamos a ver, la Psicología Humanista se halla también vinculada a las características sociales y a los valores culturales de las

sociedades occidentales en la década de los sesenta, y en particular de la sociedad americana. La llamada «tercera fuerza», que no sólo se interesa por lo que la persona es en el presente, sino por lo que pueda llegar a ser en el curso de su autorrealización, surgió en un momento en el que muchos individuos de franjas importantes de la población se cuestionaban valores tradicionales como el éxito a toda costa, la dominación de unos países sobre otros Incluso por la guerra. y la lucha económica contaminando el ambiente y destruyendo el equilibrio ecológico del planeta. Semejante cuestionamiento existencial y la búsqueda de nuevos horizontes políticos y éticos que abrieran paso a aspiraciones de riqueza y calidad de vida más genuinas, coadyuvaron de manera fundamental a configurar el contexto social, colectivo, que propició el nacimiento de la Psicología Humanista. Esta nueva orientación estaba siendo un fiel reflejo de su Zeitgeist, con la desafección y malestar de jóvenes y otras capas sociales frente al materialismo y maquinización de la cultura occidental contemporánea, y particularmente de la americana, que a juicio de intelectuales y críticos sociales se había deshumanizado, como formula, por ejemplo, la famosa obra *One-dimensional man* (Marcuse. 1954). En ella —se piensa— los seres humanos no son sino meras partes insignificantes en los engranajes de la maquinaria social, cuyo control acaba por despersonalizarlos. El mecanicismo y determinismo conductistas no serían para los psicólogos humanistas otra cosa que la plasmación en el campo de la psicología de los valores de una sociedad burocrática y tecnocrática que ahogan su creatividad y le restan espontaneidad y libertad. El espíritu crítico frente a esta sociedad alienante se encuentra reflejado en la insistente defensa de las personas como seres humanos en vez de como máquinas. Aparece, pues, esta orientación en las coordenadas histórico-políticas concretas de la Norteamérica de los años sesenta y lo hace como eclosión de unos valores que habían ido madurando paulatinamente en los años precedentes. Villegas (1986) describe en estos términos la situación: Después de las guerras mundiales, el mundo occidental inmerso en una oleada de crecimiento económico y bienestar social experimentaba desde dentro una revolución de sus costumbres y aspiraciones. El cuerpo, sometido en las décadas anteriores a la represión sexual y militar, se rebelaba, libre de tabúes, deseoso de nuevas estimulaciones sensoriales internas y externas. Las personas podían encontrarse libremente, conocerse y amarse más allá de las divisiones raciales, Políticas y de clase La Psicología Humanista presentaba, además, un rasgo singular: su condición de movimiento filosófico y socio-

cultural, más que de estricta escuela científica. De ahí que durante el movimiento contracultural y antiguerra que proclamaron y promovieron Theodore Roszak y Charles Reich, entre otros, y que se desarrolló como reacción a la guerra de los EEUU contra el pueblo vietnamita, los psicólogos humanistas sintonizaron con grupos importantes de jóvenes y de estudiantes que rechazaban el conductismo y demandaban a la psicología una mayor sensibilidad hacia la libertad y la dignidad humanas. El título del escrito bien conocido de Skinner *Beyond freedom and dignity* (1971), replicado por Chomsky, otro intelectual destacado del movimiento contracultural, es muy elocuente a este respecto. El propio Maslow, consciente del enorme predicamento y poder de atracción que la Psicología Humanista tenía sobre gran número de jóvenes y estudiantes, decía en un texto publicado por Frick (1971): Mi libro *Toward a Psychology of Being* por ejemplo, ha sido muy vendido y leído y, sobre todo, según creo, seguido entre los jóvenes. Se han vendido ya unos 150.000 ejemplares y, aparentemente, se usa para ayudar a esa clase de comprensión profunda en los grupos hippies y entre muchos jóvenes con educación, los universitarios por ejemplo. La Psicología Humanista surge así como una respuesta filosófica científica ante una época de crisis social, cultural e ideológica, y lo hace con un ideario bien conocido que enlaza con unos antecedentes históricos, en la filosofía y en la psicología, a los cuales haremos ahora breve referencia.

3. Antecedentes fundamentales de la Psicología Humanista

Como ha señalado Caparrós (1979), los psicólogos humanistas reconocen la influencia que sobre ellos han tenido cuantos a lo largo de la historia de la psicología se han resistido, en cada ocasión de formas diversas, a la reducción de ésta a una simple ciencia natural. Pese a ello pueden señalarse ciertos autores u orientaciones que habían desarrollado previamente, de manera particular, puntos esenciales para la Psicología Humanista. Así Franz Brentano había criticado la aproximación mecanicista y reduccionista de la psicología en cuanto ciencia natural, y proponía el estudio psicológico de la conciencia como acto intencional y no como un contenido molecular y pasivo. Oswald Külpe sugería que no toda experiencia consciente podía ser reducida a formas elementales o explicada en términos de contenido, y autores como Wilhelm Dilthey o William James argumentaron contra el mecanismo en la psicología, proponiendo centrarse en la conciencia y el individuo total. No obstante, conviene adoptar en este punto cierta cautela: el hecho de que algunos humanistas

contemporáneos reconozcan a estos autores como sus antecesores, y que éstos hayan mantenido efectivamente en sus escritos puntos de vista afines a los fenomenológicos, no autoriza a hablar de una influencia directa de sus obras sobre los creadores de la Psicología Humanista. Más recientemente la psicología de la Gestalt planteó que había que adoptar un enfoque molar de la conciencia e insistió, frente al conductismo, en el estudio de la experiencia consciente como área psicológica legítima y útil. Hay también varios antecedentes de la Psicología Humanista en las filas psicoanalíticas, a través de la obra de Adler, Horney y Erikson. Estos autores, como es sabido, disienten del psicoanálisis ortodoxo en cuanto a que la personalidad esté determinada de manera importante por las fuerzas biológicas, los eventos pasados y las reglas del inconsciente. Habría que incluir también, en tan sucinta lista, a Otto Rank —cuya influencia sobre la psicología humanista se olvida a menudo— principalmente por su enfoque no directivo de la psicoterapia y su reconocimiento del potencial creador de toda persona. El dominio conductista sobre la psicología americana durante las décadas de 1920 y 1930 es muy grande. Pero en los años siguientes, aparecen dos importantes obras sobre personalidad en las que puede considerarse que se incubaba lo que será la Psicología Humanista. Estamos refiriéndonos a *Personality: A psychological interpretation* (1937) de Gordon Allport, y a *Explorations in personality* (1938) de Henry Murray. Su enfoque de la personalidad y, en ella, de la motivación y las necesidades humanas constituían un polo de oposición claro al conductismo. Tras la II Guerra Mundial, aparecen otras dos influyentes: *Personality: A biosocial approach to origins and structure*, de Gardner Murphy, y *Psychology of personal constructs*, de George Kelly. Asimismo empiezan a aparecer los primeros trabajos de Maslow sobre la teoría de la motivación humana (1943a, 1943b...) en los que iniciaba ya sus planteamientos humanistas. Pueden distinguirse dos tipos fundamentales de influencia sobre la Psicología Humanista: los antecedentes psicológicos inmediatos de la misma y sus raíces más claramente filosóficas. Respecto a la primera cabe señalar las ideas psicoanalíticas de Fromm, Horney, e incluso las de Jung y Adler. Respecto a la segunda, aunque los psicólogos europeos existenciales, como L. Binswanger, A. Van Kaam, y M. Boss, y el psicólogo americano de la misma orientación R. May, anticiparon muchos de los postulados del humanismo, no se puede considerar que ejercieran una influencia directa sobre éste, como luego veremos. Además de los autores ya citados, también tuvieron una influencia grande en la configuración de la psicología humanista algunos creadores

Europeos trasplantados al mundo americano como consecuencia de la II Guerra Mundial, como el psicopatólogo de orientación gestáltica K. Goldstein y Ch. Bühler, psicóloga del desarrollo, de la misma orientación, entre otros, así como los psicólogos americanos de orientación fenomenológica D. Snygg y A. Combs. Hillner (1984), distingue dos grandes tipos de influencias: unas directas, como las ejercidas por el conductismo, el psicoanálisis, la psicología de la Gestalt, la fenomenología y la psicología comprensiva (Dilthey y Spranger, principalmente), la teoría de la personalidad, y la psicopatología. Obviamente, entre las influencias directas las hay positivas, en el sentido de que la Psicología Humanista asimiló sus presupuestos importantes (la psicología de la Gestalt, la psicología fenomenológica y la psicología existencial), y otras negativas, en cuanto que la Psicología Humanista reacciona frente a ellas (el conductismo de Skinner y el psicoanálisis freudiano). Por lo que se refiere a las raíces más específicamente filosóficas de la Psicología Humanista, éstas pueden en último término trazarse a partir del panorama intelectual definido por la fenomenología y el existencialismo. Pero conviene también decir que en ocasiones se ha exagerado la importancia que como fuentes de inspiración directa han tenido la fenomenología y el existencialismo europeos sobre la Psicología Humanista, que es en gran parte un fenómeno genuinamente americano. La corriente fenomenológico-existencial llega a Norteamérica filtrada a través de diversas orientaciones, por lo general psicológicas, que en muchos casos llegan incluso a desvirtuarla. Weckowicz (1981), Ch. Bühler (1972) y el propio Maslow (1961), entre muchos otros, coinciden en referirse en varios escritos a la independencia de fuentes en la Psicología Humanista y en la psicología existencial. El existencialismo no es tanto una revelación completamente nueva, cuanto la acentuación, confirmación, precisión y redescubrimiento de tendencias ya existentes en la filosofía, que también habían dejado su huella en la «tercera fuerza» psicológica. Maslow supo poco respecto a los escritos de los existencialistas hasta 1958, cuando algunos de los más destacados ensayos de esta escuela se tradujeron al inglés en un libro titulado *Existence* editado por Rollo May. Como se ha dicho: Para mal o para bien, permaneció sin tener noticias de ellos hasta que su propia psicología había ya cristalizado alcanzando su forma final (Wilson, 1972). Cuando Maslow tuvo conocimiento de los escritos de los psicólogos existenciales, escribió: Los filósofos europeos y los psicólogos americanos no se hallan tan alejados los unos de los otros. Nosotros los americanos hemos estado «hablando en prosa» todo este tiempo y no lo sabíamos. En

parte, este desarrollo simultáneo en diferentes países indica que las personas que con independencia intuitiva han llegado a la misma conclusión, van respondiendo todas ellas a algo exterior a ellas mismas (Maslow. 1961). La primera relación directa de la psicología americana con el método fenomenológico se opera, principalmente, a través de la traducción al inglés de distintas obras de enfoque gestáltico, así como del establecimiento en EEUU de algunos autores de esta orientación. Ch. Bühler (1972), abundando en la idea de la convergencia de fuentes, afirma a este respecto: Algunos de nosotros llevamos nuestra forma de pensar a América. Éramos E. Fromm, K. Horney, K. Goldstein y yo. En América nuestro pensamiento convergió en aspectos esenciales con el de Allport, Maslow, Rogers, RugentL Jourard Moustakas y otros. Más tarde se nos añadió V ErankL Hay que indicar otro factor adicional, como señala Caparrós (1979). si bien más secundario: la venida al continente europeo de algunos jóvenes americanos. En particular el ya citado G. Atlport y KB. MacLeod, que fué traductor de Katz; ambos estuvieron en Alemania, con otros, durante la década de los veinte y contribuyeron de forma notable al reconocimiento en América del método fenomenológico. Junto a los teóricos estrictamente gestaltistas, hay que tener en cuenta a los filósofos, psicólogos y científicos que se establecen en EEUU a consecuencia de la llegada del nazismo: entre otros, los esposos Bühler, M. Arnold, Werner. Stern, Heider. Seheerer. Goldstein, E.W. Strauss. A. Gurwitsch. E. Cassirer y otros. La influencia de la fenomenología en la psicología no siempre es posible deslindaría con facilidad de la filosofía existencial europea de entre guerras y esto mismo ocurre al considerar ambas tendencias, la fenomenología y la existencial en el ámbito americano. Hasta mediados de los años cuarenta, según Caparrós (1979), la filosofía existencial es prácticamente desconocida en EEUU. Para su introducción fue importante, al parecer, la influencia del teólogo protestante P. Tillich, instalado allí en 1933. y después de W. Barret. Sólo más tarde, entrados los años cincuenta, la psiquiatría y la psicología clínica americanas se sensibilizan hacia las ideas existencialistas. En América, el interés por ellas se debe en gran parte a los ya conocidos Rollo May, psicoterapeuta neoyorquino, y Adrian Van Kaam, filósofo, teólogo y psicólogo holandés que se doctoró en EEUU en 1958.

La enumeración precedente no recoge, desde luego, a todos aquellos que jugaron un papel en el desarrollo de la línea fenomenológico-existencial, pero sí a los más descollantes. Sobre los distintos antecedentes señalados a lo largo de estas páginas, y en el contexto sociocultural e intelectual cuyos rasgos más sobresalientes hemos descrito, se desarrollará la Psicología Humanista hasta alcanzar la pujante fuerza que hoy representa en la Psicología, en particular en el campo de sus aplicaciones.

Fuente: MA Zalbidea, H Carpintero, L Mayor - Revista de Filosofía (Madrid), 1990 - revistas.ucm